

LA REGENTA

Félix López Sánchez

Catedrático de Psicología de la sexualidad

Universidad de Salamanca (España)

Correspondencia

Correo electrónico: flopez@usal.es

1.- Contexto.

En una ciudad, Vetusta (sustituto del verdadero nombre, Oviedo), por entonces, provinciana, sucia y pobre, escribe Clarín La Regenta, una de las obras mejores de la literatura castellana.

Estábamos en la segunda mitad del siglo XIX, periodo donde liberales y conservadores luchan por el poder, con revoluciones y restauraciones de la monarquía. A pesar del peso de los liberales, todas las estructuras, valores y formas de vida eran conservadoras.

Un conservadurismo clerical, en el que la Iglesia, el papado, los obispos, magistrales, canónigos, curas y todo tipo de frailes y monjas tenían una red que llegaba a todas partes, adoctrinando y confesando a la mayor parte de la población, dominándola con los secretos de confesión. “Los conventos ocupaban casi la mitad del terreno de la ciudad” (pág. 17), nos cuenta Clarín.

Las personas liberales, si eran revolucionarias y ateas, como el padre de La Regenta, eran mal vistos y rechazados por los conservadores. Aunque no todos los liberales eran tan radicales y consecuentes como el padre de la regenta. Los jefes de ambos partidos, no solo se toleraban, sino que sabían apoyarse el uno al otro, protegiéndose y dándose beneficios. Álvaro Mesías, el presidente del partido liberal en Vetusta, por ejemplo, era muy político y nada radical, sabiendo obtener lo mejor, tanto cuando gobernaban en España los Conservadores,

como los Liberales; un don Juan en las relaciones con las mujeres y también en la política.

También había personas con ideas y conductas aparentemente contradictorias en su vida personal: conservadoras y libertinas, liberales y religiosas, como sigue ocurriendo hoy.

Nadie como Clarín ha hecho un retrato tan profundo social y psicológico de esta sociedad y su época.

Una sociedad sexofóbica y morbosa, en la que además de reprimir la sexualidad, lleva a muchas personas a estar obsesionadas con la sexualidad propia y ajena. Vivían una moral hipócrita, en la que no era tan grave el pecado sexual, cuanto que sea conocido socialmente. Mantener formalmente el honor de las personas y de las familias era más importante que la propia conducta.

Una sociedad clasista con un orden superior, los que tienen origen nobiliario y los ricos, entre ellos, los indianos que vuelven adinerados. Este orden social rige las relaciones sociales, los matrimonios concertados, salvo excepciones muy mal vistas por las clases altas, las aficiones y el lugar que se ocupa en la Iglesia, el Casino y todas las reuniones sociales.

La mujer es vista como un objeto sexual, siempre conquistable, y sometida al marido; pero también había mujeres con una moral sexual muy abierta, aunque muy hipócrita. Algunas mujeres lo defienden abiertamente, en reuniones privadas: “yo soy religiosa salvo en el sexto mandamiento” (pág. 141), “si no

podemos ser como los nobles, al menos aceptemos sus vicios” (pág. 14). También era frecuente que las mujeres tuvieran una visión muy negativa de los maridos (pág. 141) y la idea de que el interés sexual y el amor dura como mucho dos años (pág. 156).

Casi toda la novela se desarrolla en una ciudad descrita como pobre y sucia, salvo los barrios ricos. Los nobles y los ricos tenían en los alrededores de la ciudad villas y casas solariegas, a las que viajan en carrozas tiradas por caballos. Parte de la novela se desarrolla en las reuniones y fiestas que tenían lugar en estas casas.

Los campesinos y ganaderos, en esta sociedad aun muy rural, alimentan a las personas que disfrutaban de este orden social, y eran servidas por multitud de criados y criadas, que viven en condiciones laborales y sociales muy precarias.

La obra permite hacer una visita a la catedral con el arqueólogo y sus acompañantes, escuchar las conversaciones de los canónigos y de los miembros del Casino, asistir a cenas y fiestas en casas y villas, compartir sus bailes y sus juegos, dar un paseo por el Espolón, como si el lector estuviera presente.

Buena parte de las conversaciones son comentarios, discusiones y calumnias sobre las supuestas relaciones sexuales de los demás, el poder de la Iglesia, la vida privada y religiosa de las personas, incluyendo las confesiones de numerosas mujeres en la catedral.

La riqueza de esta obra es tan grande que me atrevo a darle el mismo consejo que merece *El Quijote*, toda persona hispana debería leerla y estudiarla para disfrutar de su escritura y conocer lo que ha sido España en tiempos no tan lejanos, con características que aun tienen peso en nuestras vidas.

2.- El autor.

Clarín es el seudónimo de Leopoldo Alas, nació en Zamora en 1852 y murió en Oviedo en 1901. Estudió derecho y llegó a ser catedrático de la Universidad de Oviedo. Escribió cuentos, relatos cortos y libros, todos de gran interés. También escribió en los periódicos.

Su estilo es realista, ofreciendo análisis precisos de la sociedad, y naturalista, por sus observaciones minuciosas, cercano a las obras de Galdós. Da también gran peso a la psicología de sus personajes, como Flaubert. Su intención es ética, criticando la miseria, hipocresía y corrupción humana, con personajes que incluso se engañan a sí mismos; pero también con personas buenas y honestas que saben ser buenos amigos, liberales honestos y generosos, incluso un obispo bueno, en medio del caos moral de los clérigos.

La obra fue mal recibida en su ciudad y prohibida por el obispo. Provocó una gran conmoción y discusiones por doquier, intentando describir los supuestos personajes reales en los que se había inspirado.

3.- El argumento.

Suele considerarse como una novela centrada en el tema de la seducción y adulterio espiritual del Magistral de la catedral y de un Don Juan (Alvaro Mésias, presidente del partido Liberal en Oviedo), seductor y adultero material de Ana, La Regenta, casada con un magistrado que fue regente, don Víctor.

Pero es una novela más compleja y rica que *Madame Bovary* de Flaubert y otras muchas que se centran en el adulterio. Es un mosaico de las personas de una ciudad, lo que hacen, sienten y piensan, también de colectivos como los clérigos, los nobles, los ricos, los políticos y las criadas.

4.- Los personajes y su entorno.

Los personajes claves de la novela son Ana, llamada La Regenta y Víctor, su marido, el Magistral de la Catedral y su madre, doña Julia, Álvaro Mésias y Petra, una e las criadas. La novela se desarrolla en el entorno de la propia catedral, en el confesionario, en las casas o villas alrededor de la ciudad y en el Casino. Pero hay otros muchos personajes, hasta un centenar, magníficamente descritos, física, psicológica y socialmente que merecerían un tratamiento detallado. Personajes buenos y malos, un obispo bueno y numerosos canónigos morbosos, llenos de rivalidades, mujeres supuestamente fieles y

adulteras, hombres seductores, fieles e infieles.

El Magistral, con 35 años, es un hombre atlético, de rasgos proporcionados y porte poderoso, un atleta alto y fuerte (pág.12); su rostro serio y cejijunto, con una sonrisa y expresión de bondad estereotipada. Su piel blanca y los pómulos discretamente adelantados...para dar energía al rostro. Ojos verdes y una mirada difícil de resistir. Su cabeza, con pelo negro, sobre un cuello grueso y un tronco y extremidades de un fornido canónigo.

Usaba con frecuencia el castigo físico con los menores e inspiraba temor en todas las personas, incluidos sirvientes, sacristanes y canónigos. Pero sabía ser muy formal y correcto, cuando quería.

Le gustaba subirse a la torre de la catedral y con prismáticos observar con la ciudad desde lo alto. “Vetusta era su pasión y su presa” (pág. 14) Desde allí vigilaba con especial cuidado a la Regenta, su pieza preferida.

Gran orador, sentía, desde lo alto del púlpito, la “adoración que subía hacia él” (pág.16). Confesor de personas con prestigio social, incluida la Regenta.

Es el rey entre los canónigos, dominador incluso del obispo, aunque con muchos enemigos silenciosos que le detestan. Criticarlo o defenderle entre los canónigos, cuando estaba ausente, y entre los ciudadanos de Vetusta se convirtió en un tema constante.

El ambiente entre los canónigos era hipócrita, lleno de rencillas, envidias y tensiones, bandos y luchas intestinas. Dedicados a ritos aburridos y a confesar a los fieles, disputándose especialmente a las pecadoras más nobles o ricas, estaban muy ocupados en conocer sus pecados, recurriendo a preguntas morbosas. Cuando uno de sus canónigos fieles le pasó al Magistral la Regenta para que fuera su confesor, él le propuso a ella empezar con una confesión general, es decir, sobre los supuestos pecados de toda su vida. Conocerla bien era fundamental para aconsejarla.

Su ambición, clasismo y arrogancia contenida tenía su origen en la familia y su

educación con los jesuitas. Su padre era minero y murió muy joven, dejando a la madre y a él en la pobreza. Ella tuvo que ganarse la vida en un chiringuito para los mineros, lidiando con borrachos y violentos. Allí pasó Fermín, el Magistral, su primera infancia. Pronto aprendió doña Julia que su hijo, un niño listo y bien parecido que el mejor destino para él era ser cura. Primero se formó en los jesuitas y, una vez que ella se dio cuenta que éstos eran muy austeros, decidió llevarlo al seminario diocesano, donde se formaban los curas que vivían mejor y podían llegar a canónigos e incluso a Obispos.

Doña Julia, trabajadora, eficaz y ambiciosa, consiguió ser el ama de llaves de un sacerdote y después del Obispo. Un Obispo, hombre “bueno, condescendiente e inocentón” que manipuló y uso para que apoyara a su hijo, por otra parte, un joven prometedor, tanto por sus estudios, como por su buena conducta. Cuando el hijo “cantó misa” la madre se fue con él y siguió manipulando tanto al Obispo como a su propio hijo. Su ambición, erradicada en una infancia, juventud, matrimonio y trabajo muy duros, solo tenía dos límites: guardar las apariencias y no perder el apoyo de los poderosos.

A él le manipulaba su madre, pero era el hombre más poderoso de todos los clérigos de Vetusta, incluido los canónigos y el Obispo.

De la Regenta, Ana, hace el autor una presentación larga y pormenorizada, describiendo con todo detalle una sociedad dominada por el clero en la que, como se decía, “el Papa, manda más que el rey”.

Su padre fue un liberal radical y ateo consecuente, que gastó buena parte de su patrimonio en causas políticas, a la vez que era muy generoso con sus hermanas solteras, aunque ellas muy conservadoras. Se caso por amor, en contra de las tradiciones, con una modesta modista de origen italiano, que nunca fue aceptada por su familia. A su madre le atribuyeron sus tías haber dado una mala herencia a Ana. La madre murió muy pronto y su padre, ausente por cuestiones políticas, no ejerció de verdadero padre; la dejó con un “aya”, extremadamente conservadora y religiosa

Su padre murió pronto y Ana fue acogida por sus tías solteras, no menos conservadoras que el “aya”, aunque la trataban, en cuanto a los cuidados, físicos mejor. Los cuidados dieron resultado y se desarrolló como adolescente esbelta y muy atractiva. A Ana le empiezan a interesar los hombres, pero éstos la defraudan sobremanera por maleducados, maliciosos y porque esa es la idea que las tías le habían transmitido.

Uno de los aspectos más interesantes de la obra es la descripción progresiva y detallada de los **cambios que va haciendo Ana**, la Regenta, desde la infancia a la vida adulta: (a) educación católica muy represiva que asimila, vive y el cuesta abandonar, (b) estado de confusión y melancolía durante la primera adolescencia, con una visión negativa de los hombres, por machistas, pero con sentimientos contradictorios con alguno de ellos, (c) reconocimiento de la frustración y el sin sentido de su vida, (d) casamiento como mejor alternativa de vida, pero sin enamoramiento, (e) tentaciones sexuales de infidelidad y lucha por evitarlas, (f) reconocimiento del derecho a conocer el amor, (g) sucesivas etapas de misticismo intercaladas de rebeliones contra la ideas represivas y finalmente, (h) la caída en el adulterio. Detallaremos este proceso más adelante, tan frecuente en no pocas mujeres españolas durante varios siglos: desde la represión religiosa, dominación y doble moral del marido, hasta la rebelión.

Don Víctor, esposo de La Regenta. Creyente pero muy incómodo con los periodos de misticismo de su mujer, aficionado a la caza y la creación de artilugios simi-científicos, es un hombre convencional, mucho mayor que La Regenta, enamorado de Ana, con algunos escarceos amorosos con su criada, Petra, que no detalla Clarín.

Álvaro Mesías, presidente del partido liberal, político corrupto, es el gran Don Juan de Vetusta. Buen mozo y astuto seductor, se propone seducir a La Regenta, con paciencia y buenas formas, hasta conseguirlo. Es el gran competidor del Magistral, llenos ambos de celos y rivalidad que se va agudizando a lo largo de la narración. Petra es la criada de Ana, prototipo de mujer sensual que reconoce,

defiende y responde a sus deseos sexuales; tiene, además, grandes habilidades para tejer intrigas entre don Álvaro Mesías y el Magistral y obtener todo tipo de favores. Ella juega un rol fundamental, desvelando el adulterio de La Regenta con don Álvaro, y sacando provecho de ambos hombres.

5.- La visión de la sexualidad.

5.1.- Diversidad e actitudes y conductas, uniformidad de la moral religiosa y social, hipocresía y dependencia del “qué dirán”.

La diversidad de personas, actitudes y conductas sexuales es tan amplia que se dan varias concepciones de la sexualidad considerándola: un instinto peligroso, una necesidad biológica, una dimensión negativa de los seres humanos, una de las motivaciones mayores, un vicio sucio, una fuente de tentaciones y pecados, etc.

En el caso de las mujeres, aparecen desde solteras y casadas muy reprimidas y beatas, hasta mujeres muy liberales en actitudes y conductas, aunque socialmente todas tenían muy presente el miedo “al qué dirán” y se veían obligadas a mantener una gran hipocresía social.

En el caso de los hombres, la diversidad es menor, sometidos a dos sistemas de supuestos valores contrapuestos, el de la iglesia católica y el machismo social. Por un lado, también ellos debían teóricamente cumplir la moral religiosa, pero por otro, se regían en la práctica, en su mayoría, por actitudes supremacistas con las mujeres. Ejercían el poder en la pareja y la familia, tenían una doble moral sexual, se permitían ser seductores y conquistadores, considerando que en ellos es un mérito tener relaciones sexuales extramatrimoniales. Ser adultero era un pecado religioso y, a la vez, un valor social para los hombres. Por eso el seductor Don Álvaro era admirado, aplaudido y envidiado por muchos hombres e incluso algunas mujeres.

Los clérigos, la mayoría de los que aparecen en la obra, vivían una gran contradicción: mensajeros de la doctrina ortodoxa, pero a la vez, obsesionados con la sexualidad, vivida (sentimientos, pensamientos, fantasías y conversaciones) de

forma morbosa y maliciosa, pendientes de la vida sexual de los demás o llevando una doble vida, como el resto de los hombres. El confesionario era su actividad preferente, especialmente si se trataba de mujeres nobles o ricas.

Todos, mujeres y hombres, incluso el Magistral, consideraban que era más importante el “honor” y la “imagen social” (“el qué dirán”) que la propia conducta. Los pensamientos, fantasías y conductas pecaminosas, leves o graves, se perdonaban en la confesión, pero las consecuencias sociales no se podían evitar, ni controlar. La vida de La Regenta es la demostración de ello. El “honor” era el máximo valor: Ana lo perdió porque el adulterio fue conocido socialmente, don Víctor lo perdió también por haber sido engañado y burlado con gran escándalo social, el Magistral fue declarado perdedor frente a Don Alvaro y no pudo soportarlo socialmente, negando toda relación posterior con Ana, y don Álvaro, tuvo que huir a Madrid, a pesar de que fue el triunfador social. Mientras el adulterio no fue socialmente conocido, todos estaban a salvo. El escándalo social les coloca a todos en una posición insostenible por humillante (Don Víctor y el Magistral), en unos casos, y degradante (Don Alvaro), en otros.

Esta concepción social de la moralidad se refleja muy bien en los temores de la madre del Magistral, doña Julia, porque la conducta de su hijo da lugar a calumnias o llega a temer que su hijo se enamore de Ana y cometa una locura. Lo importante no era el supuesto pecado, sino que madre e hijo lo perderían todo si llegaba a ser un escándalo social.

5.2.- El discurso religioso sobre la sexualidad.

5.2.1.- La sexualidad como instinto peligroso.

La sexualidad es un instinto peligroso, fuente de tentaciones y pecados, y solo es legítima en el matrimonio heterosexual. Tan peligrosa que todas las mujeres, si son bien seducidas, acaban cediendo, con lo que no se puede confiar en el rol que se le ha asignado: controlar la sexualidad de los varones, si no están casadas o no es su marido el seductor, y atender los deseos del marido, si son casadas.

Y peligrosa para ambos sexos si, teniendo relaciones fuera del matrimonio, estas son conocidas socialmente. El miedo a la pérdida de honor y a las calumnias atenaza a todos, hasta el punto que lo grave no es pecar, sino que el pecado sea socialmente conocido. Por ello, reconocen el poder motivador de la sexualidad y con frecuencia no evitan la tentación y los pecados, pero la única alternativa es la hipocresía para ocultar los pecados a la sociedad.

La peligrosidad de la conducta sexual pecaminosa, como el adulterio, si se acaba conociendo socialmente, es tan grande que La Regenta acaba siendo rechazada y aislada. Estaba dispuesta a volver a confesarse y reconocer el pecado, pero una vez desencadenado el escándalo, también el Magistral la rechaza, no acepta ser el supuesto mediador ante un Dios que siempre, según decía la doctrina, acoge al pecador. Don Álvaro también se desentiende de ella y huye a Madrid. Todo se puede perdonar, menos el escándalo social.

La finalidad legítima de la sexualidad es la procreación y la única alternativa para las personas no casadas era la abstinencia y la lucha contra las inevitables tentaciones. La represión era tan grande que se convertía en obsesión, porque todo evocaba la sexualidad. Todo estaba contaminado de sexualidad y sus tentaciones: las formas de vestir y de andar, las miradas y gestos, las fiestas, los bailes, el teatro y las relaciones sociales. Por eso, hasta se separaban los hombres e las mujeres en misa. Las beatas más devotas, una verdadera plaga en Vetusta, no iban al teatro, ni a fiestas. La obsesión dominaba las conversaciones, con calumnias o verdades sobre la vida sexual real o supuesta de los demás. Incluso los canónigos tenían este tipo de conversaciones, con comentarios maliciosos o un gusto morboso por los chistes que hoy llamamos verdes.

Vetusta era una ciudad dominada doctrinalmente por el clero, con numerosos canónigos en torno a la catedral, un obispo y un Magistral, el más poderoso de todos. Casi toda la población, especialmente las clases altas, nobleza y ricos, asistían con regularidad a fiestas y actos religiosos, incluso los liberales. Se podía ser un hombre machista y

liberal, pero, a la vez, acudir a determinadas fiestas religiosas, aun sin creer en la doctrina moral de la iglesia y en la moralidad del clero. De hecho, en las conversaciones se criticaba mucho a los clérigos, especialmente al Magistral, pero luego se asistía a sus homilias y se admiraba el don de su palabra.

A dos ateos confesos, le hacían la vida imposible, empeñados en que se convirtieran al final de sus vidas. Uno de ellos fue pertinaz hasta el final. Con ayuda de su compañero ateo, no se confesó y no tuvo funeral religioso, ni fue enterrado en el cementerio católico. El otro, aunque había ayudado a su compañero a permanecer como ateo, cede a las presiones familiares y sociales, después de haber sido testigo del trato dado a su compañero. Por eso, finalmente acepta confesarse con el Magistral antes de morir. El Magistral y el obispo convirtieron esta confesión y el entierro en un triunfo social del Magistral y el catolicismo.

El peligro de la sexualidad era tal que si se había pecado gravemente contra la moral cristiana y no se confesaban antes de morir, irían al infierno, un destino eterno. Siempre me he preguntado como los creyentes aceptaban esta doctrina, cuando los hombres tenemos problemas para aceptar sobre la tierra, en una vida tan corta, las condenas largas en la cárcel, un lugar menos tenebroso que el Infierno: ¿somos más bondadosos que Dios?

5.2.2.- Los recursos del poder del clero.

Las leyes legitimaban la moral sexual en un Estado que, de hecho, era confesional. Por eso, el adulterio, tema central de la novela, no solo es pecado, también es perseguido legalmente.

Los recursos materiales y humanos de la Iglesia eran ilimitados. En todas las aldeas hay una iglesia y al menos un párroco, Vetusta estaba llena de conventos e iglesias, la Catedral contaba con muchos canónigos, toda diócesis tenía un obispo, un vicario y otros clérigos encargados de la burocracia, un seminario y varios conventos de las diferentes órdenes religiosas, para formar al clero. Era la única red que llegaba con eficacia a todas las partes de la ciudad y la provincia.

Los sermones desde el púlpito, bien elevado sobre todos los fieles, eran una pieza fundamental del adoctrinamiento y la misa de

los domingos y festivos era obligatoria según la moral católica y las costumbres sociales.

Todos los ritos de paso por la vida estaban en manos de la iglesia: el nacimiento con el bautismo, el llamado uso de razón al final de la primera infancia, con la comunión, la adolescencia con la confirmación, la pareja con el matrimonio y la vejez y la muerte con la extremaunción, el funeral y el entierro. Siete sacramentos a lo largo de la vida que consagraban el dominio de la Iglesia sobre la población.

La confesión, un tema central de la novela, era un poder personalizado para el que no había secretos. La doctrina afirmaba que Dios todo lo ve y en la confesión el cura debía conocer todos los pecados y perdonarlos en nombre de Dios. Es así como el clero se apoderaba también de la intimidad de las personas y manejaban toda la información. Entre sus contenidos tenían especial importancia los referidos a los deseos, pensamientos y conductas sexuales de los penitentes. No en vano, a la sexualidad se dedican dos mandamientos, mientras que a la violencia, incluida la muerte, solo uno: no matarás. Con frecuencia, como rebela Clarín, estos contenidos eran tratados de manera morbosa. De la sexualidad solo se debía hablar para confesar los pecados, en voz baja, de rodillas ante el confesor. El primer mandamiento es “no matarás”, escueto y directo. Pero de la sexualidad se ocupan mucho más, por lo menos en las traducciones con que nos educaron: el sexto mandamiento, “no fornicarás, no tendrás pensamientos y deseos impuros”. Comprendían que a veces una persona pudiera desear matar a alguien, pero eso no era pecado si no lo llevaba a término. El noveno, “no desearás a la mujer de tu prójimo”, suponía, de paso, la negación del deseo sexual en la mujer. Se trataba de controlar los deseos, fantasías, pensamientos, el lenguaje y la conducta siempre que tuviera contenidos sexuales de algún tipo.

La violencia emocional y sexual que usa el Magistral con Ana es otro aspecto fundamental de la novela que permite acercarnos a las causas de diferentes violencias sexuales. Hacia esa violencia va evolucionado el Magistral, por los celos frente a don Álvaro y el sentido de propiedad que

tiene de Ana, llegando a fantasear y legitimizar la violencia, como hacen los que asesinan a sus parejas. Llegado este punto, el Magistral deja de ser sacerdote y se convierte en un hombre que no acepta perder a una mujer. Si no lo llega a hacer es por el temor a las consecuencias del escándalo, la cárcel y la pérdida de todo lo que tienen él y su madre.

Someter la conciencia y la voluntad de quienes se confiesan, usar discursos legitimadores que hasta el confesor parece creerse, no aceptar la libertad de pensamiento de los pacientes, ni una vida social normalizada y no tolerar que se liberen de estos lazos, es propio de sectas. Y, en efecto, como “gurú” de una secta se comportó el Magistral con Ana.

5.2.3.- La evolución del Magistral, como ejemplo de perversión del clero.

La relación con su madre, su historia, el uso que hacía del púlpito y del confesionario y, por fin, su relación con Ana, refleja el poder de la iglesia y las estrategias que usaban algunos clérigos.

La madre del Magistral, doña Julia, no solo se sacrificó por su hijo, para que estudiara, sino que diseñó con detalle el destino para él: estudiar con los jesuitas, porque son buenos docentes, ordenarse como cura diocesano, porque viven mejor y pueden tener más recursos y más poder, hacer carrera en la jerarquía eclesiástica, ser un sacerdote ejemplar ante la sociedad, cuidar su imagen para asegurarse el éxito social y eclesial.

Por eso, es importante que no tenga tentaciones sexuales y no peque, pero si lo llega a caer en estos pecados, lo más importante es que no se sepa. Incluso, si no puede aguantar sus deseos sexuales, para facilitarle las cosas, tendrá siempre en la habitación de al lado a una criada, que estará a su servicio y le tratará como un señorito. Cuando de hecho tuvo una relación con una mujer, aunque no explica el autor los detalles sexuales, o cuando se da cuenta que está enamorado de La Regenta, su mayor temor no es lo que realmente sucedía, sino que le calumniaran o que se produzca un escándalo social y “lo perdamos todo”. La moral sexual

católica es para ella una cosa instrumental, porque la sexualidad es peligrosa; lo importante es que no haya un escándalo incontrolable y ella y su hijo “pierdan todo”, algo por lo que ella ha dado la vida. Valora mucho a su hijo, pero considera que le debe todo a ella.

El Magistral, por su parte, tenía miedo de su madre y había obedecido siempre. Aunque, finalmente, hace lo posible por ocultarle sus errores sexuales y la verdadera relación que tiene con Ana, La Regenta.

La mujer no cree las disculpas y la versión de su hijo, pero es curioso que cuando comprueba que es “socialmente prudente”, no comete errores públicos con las mujeres, ella se siente segura, justo porque su hijo es hábil y consigue que no haya un escándalo.

El Magistral hace una evolución religiosa, sexual y afectiva exitosa, porque a partir de su autocontrol, sus habilidades sociales, su apariencia y conducta ejemplar, su inteligencia y formación, sus dotes de gran predicador y los manejos de su madre, que manipula hasta al Obispo en favor de su hijo, llega a ser Magistral. Un sacerdote que todos admiran o envidian, ambicioso pero contenido, interesado en su propia carrera, pero hábil. Su vida era ordenada, al menos en apariencia, relacionándose con las clases altas de Vetusta y seleccionando a los penitentes para confesarlos. Hombre respetado, admirado y odiado, pero sin personas que realmente se le enfrentaran. Incluso manejaba a su antojo al bueno del Obispo.

Tuvo varias, no se indican cuantas, relaciones sexuales (que no se explicitan), con una mujer y una o dos criadas, pero lo que desencadena en él un conflicto, en el que acaba perdiendo el control, es el conocimiento, las confesiones y los encuentros con Ana, la Regenta.

Ana, mujer guapa, de buen origen social, cambió la vida del Magistral. Él se atribuyó autoridad para, desde el principio, imponerle condiciones referidas a la hora y tipo de confesión. La primera confesión debía ser “general”, de toda su vida y sobre todos los aspectos, para conocerla mejor. Desde el primer día la trató como una penitente especial, dedicándole mucho tiempo (con

escándalo de los demás) y “poco a poco” la orientaba en su vida religiosa y en todos los aspectos de la vida cotidiana, hasta convertirla en “una beata” especial, distinta a las demás, justo como él quería. Primero se sintió “padre espiritual”, para, a medida que avanzaba su interés amoroso por ella, (no reconocido como un interés sexual, sino espiritual), declararla su hermana, su amor espiritual, su mujer, amiga y confidente espiritual. En el delirio final, acaba considerándola suya, su propiedad. En este trayecto vital, cada vez se siente más atraído por ella. Acaban por verse en diferentes lugares, ocultándose de la gente y del marido de Ana, para evitar críticas y habladurías. Los encuentros se camuflan en un lenguaje religioso y en gestos contenidos, no explícitamente sexuales, pero con una sensualidad y morbosidad desbordante.

En este proceso de seducción y dominio religioso y posesión vital de ella, tuvo muchos altibajos en la relación, siempre sin intimidad explícita sexual. Ana, unas veces se somete a él y le jura fidelidad espiritual eterna, “seremos hermanos espirituales de por vida”, y otras tiene graves conflictos con el Magistral por hacer cosas, como ir al “teatro” (en cuaresma) y a fiestas, o acercarse a un hombre del que pronto empezó a tener celos, don Álvaro Mesías. En efecto, ambos hombres entran en una competencia silenciosa, llegando a pensar Ana que los dos estaban enamorados de ella. La Regenta lucha entre la dependencia psicológica y espiritual del Magistral y la tentación de sucumbir a los encantos de Mesías. Periodos de misticismo y dependencia espiritual y vital extrema del Magistral, y periodos de tentaciones y confusión, acabando por sucumbir ante el seductor don Álvaro. Las piezas de la tragedia entran entonces en el juego final.

Final acorde con el inicio y el núcleo clerical morbosos de la novela, que acaba como empezó, pero de forma aun más perversa. La novela se inicia con el Magistral observado desde la torre de la catedral, con prismáticos, la vida privada de La Regenta, y acaba con un canónigo dando un beso en los labios mientras ella estaba desmayada. “Abrió, entró y reconoció a La Regenta desmayada. Celedonio sintió un deseo miserable, una

perversión de la perversión de su lascivia; y por gozar un placer extraño, o por probar si lo gozaba, inclinó el rostro asqueroso sobre el de la Regenta y le besó en los labios.

Ana volvió a la vida rasgando las nieblas de un delirio que le causaba nauseas.

Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso de un sapo” (pág. 677)

El análisis de los pensamientos, afirmaciones y conductas del Magistral, como anunciábamos más arriba, permite comprender **las fantasías, deseos y conductas que pueden llegar a tener algunos hombres, cuando la mujer decide separarse de ellos.** La victoria de Mesías seduciendo a Ana, no puede soportarla el Magistral. Y no es porque Ana hubiera pecado, porque en ese caso las recibiría evangélicamente cuando todos la abandonaron, sino porque el Magistral, como los asesinos de mujeres, no aceptaba el triunfo del rival (el amante), ni la libertad de su pareja para romper su dependencia y ser libre; pero, sobre todo, porque dejaba de ser suya, de pertenecerle, de aceptarle como propietario único y eterno. El Magistral con su conducta final desvela que sus doctrina y discursos legitimadores eran una falacia, su relación con Ana una representación engañosa de la realidad, una farsa, una instrumentalización en nombre de Dios. Él era un hombre machista, inmaduro y perverso, como demuestran, y son solo unos ejemplos, los siguientes textos:

- “*Se le ocurrían proyectos disparatados, crímenes de tragedia* (pág. 651)

- “*Sin saber lo que hacía y sin poder contenerse corrió a un armario y sacó un traje de cazador*” ... “*en el armario había un cuchillo de montaña*”. .. *lo buscó, lo encontró y se lo colgó del cinto de cuero negro*”... “*nadie le reconocería*”..*podría ir a esperar a don Álvaro*”... “*obligarle a luchar, vencerle, derribarle, matarle*” (pág. 651).

“Podía subir, entrar en su cuarto y ahogarlo allí”... “Y era lo que debía hacer, si no la hacía, era un cobarde; tenías miedo a su madre, al mundo a la justicia...Temía el escándalo” ... “Era un cobarde”, se decía a sí

mismo. Si no fuera así, mataría y cuando me preguntaran “por qué mato? .Porque me han robado a mi mujer, porque me ha engañado mi mujer...”prostituta como todas” (pág. 647). “mato porque debo, porque puedo, porque soy fuerte, porque soy hombre..., y porque soy fiera”” (pág. 648).

El sentimiento de propiedad, como ocurre en tantos maridos asesinos hoy día, está muy bien reflejado en esta obra. En una carta, que finalmente no le mandó, le decía”: “Yo soy tu esposo... yo soy tu dueño...mandaba en tu alma que es lo principal, toda eres mía... tú sabías estas cosas y las olvidaste por un cacho de carne” (pág. 649). Pero su cobardía le lleva a cambiar de estrategia: “guardaré el cuchillo, mi espada tiene que ser la lengua” (pág. 652.

Por eso, decidió convencer a la criada de la Regenta que le comunico el adulterio, para que hiciera estallar el escándalo; nada mejor, para ello, que Don Víctor, sorprendiera a don Álvaro descolgándose de la habitación de Ana.

5.2.4.- La evolución de Ana, La Regenta.

El proceso de Ana, desde la infancia es muy revelador de lo que una mujer podía sufrir en aquellos tiempos.

(a)Primera infancia: Represión obsesiva y morbosa de la sexualidad.

Al morir su madre, el padre, la pone bajo los cuidados de un “aya”, doña Camila, una mujer muy religiosa, que educó a Ana con una disciplina muy autoritaria y una moral católica sexofóbica e hipócrita por ella tenía un amante. Del amante recordará Ana toda la vida una mirada perturbadora, porque, nos narra Clarín, “miraba a la niña con ojos de cosechero que se prepara a recoger los frutos” (pág.75). Con este hombre y esa mirada soñó muchas veces, aun sin saber el motivo.

(b) Pubertad y primera adolescencia: Represión-Confusión y Primeras Dudas.

Las primeras dudas las empieza a tener porque un episodio inocente es interpretado por el “aya” y su entorno como una conducta sexual explícita, culpándola y escandalizando a todos, incluidas sus tías solteras morbosas y beatas. Ana y un chico se montaron en una

barca que se quedó varada en la arena obligándoles a pasar una noche fría juntos, hasta la mañana siguiente. Hablaron y hablaron hasta dormir abrazados para evitar el frío, eso fue todo. La reacción del entorno, acusándoles de haber tenido relaciones sexuales, peligrosa, sucias y pecaminosas, provocó en Ana gran confusión y sufrimiento, que tardó años en elaborar. Le dio mil vueltas a este tema y llegó a dudar de si realmente habían hecho algo terrible. En ello insistieron posteriormente sus tías, considerándola pecadora, heredera de supuestos instintos pecaminosos de su madre.

Estas dudas se acrecentaron cuando, muerta el “aya”, el padre quiso hacerse cargo de ella y la llevaba a reuniones con sus amigos liberales. Las miradas y comentarios de éstos, junto con las críticas que hacía su padre de la Iglesia, le resultaban escandalosas, y fueron otra fuente de confusión que chocaba frontalmente con su formación religiosa.

Cuando finalmente, el padre, dedicado a viajar y luchar por la causa liberal, la dejó con sus tías, éstas insistieron en la acusación por su conducta sexual, la obligaron a una vida muy restringida y estricta y le llenaron de miedos y temores hacia la sexualidad. Ella llegó a enfermar de melancolía y aburrimiento y temores de todo tipo.

(c)La segunda adolescencia. Frustración.

Los cuidados físicos de las tías y los cambios adolescentes hicieron de ella una mujer muy atractiva, que llamaba la atención de las mujeres y, sobre todo, de los hombres. Pero la vida que llevaba con las tías era muy represiva, sin verdadera relación con chicas y chicos de su edad. Se sentía cada vez peor, a la vez que buscaba refugio en la religión y en la lectura de santos. San Agustín, primero, y Santa Teresa fueron las lecturas que más le influyeron.

(d) El casamiento como salvación.

Un matrimonio concertado, aunque aceptado por Ana, con una amplia simetría de edad.

Las tías se sentían orgullosas de su belleza y empezaron a buscarle un posible marido, pensando en in indiano, recién llegado de las

Américas y muy rico. Este estaba fascinado con la idea de tenerla por esposa.

Al mismo tiempo, un cura que la conocía bien, le aconsejó a don Víctor, un abogado de prestigio, que se casara con ella. De esta forma, Ana se encontró con que tenía dos pretendientes. Don Víctor decidió ser prudente y, de acuerdo con el cura, darle tiempo a Ana para que madurara la relación (cosa difícil por tratarse de encuentros fugaces, sin que lo supieran las tías).

Al enterarse Don Víctor de que tenía otro pretendiente, aconsejado por amigos dio el paso y se reunió con las tías arreglando el matrimonio. Víctor era un buen partido y lo aceptaba Ana, sin oponerse. Ana tenía 19 años y Don Víctor cuarenta y tantos, señala con sarcasmo Clarín. A Ana le pareció bien porque se trataba de un hombre educado, muy cortés y atento, distinto a otros hombres, y porque así se veía libre de sus tías. Se casaron en Vetusta y se fueron inmediatamente a Alicante, donde él había conseguido una plaza de magistrado.

Nada nos cuenta de la noche de bodas de Ana virgen, ni de la vida sexual de ambos, salvo que no tuvieron hijos. Pero Ana. A medida que fue cambiando ella misma, se quejaba amargamente de su vida matrimonial, aunque reconocía la educación, bondad y cortesía de su marido.

(d) Adulta casada, frustrada, entre el misticismo y la dominación del Magistral, por un lado, y las tentaciones y primeras rebeldías de Ana, por otro.

Una mujer ociosa, con criada y criados, frustrada en su matrimonio, aunque quería a Don Víctor, ya Regente de Vetusta, de vuelta a Vetusta, era una mujer muy joven y muy atractiva que no pasaba desapercibida para nadie. El Magistral la acogió encantado y la manipuló haciendo de ella una nueva beata, aunque no pudo evitar que sus arrebatos religiosos se combinaran con sentimientos insoportables de frustración y deseos de cambio. Nuevamente enferma de melancolía, tanto el médico como su marido, coinciden en que necesita divertirse, salir más, conocer otras personas. En ese contexto aparece don Álvaro, el seductor más famoso de Vetusta.

(e) Su lucha interior entre la religión y las tentaciones y el conflicto exterior entre el Magistral y don Álvaro.

La Regenta entra en una larga fase de vaivenes insufribles, caída en supuestas enfermedades con desmayos incluidos, tentaciones que está al borde de no poder superar, culpabilidades y confesiones morbosas en las que llega a ocultarle algunas cosas al confesor, perseguida por dos hombres atractivos, celosos y rivales irreconciliables. Ambos guardaban las formas en sociedad, pero ella sufría una tensión que no podía soportar. Ambos hacían lo posible por criticar al otro, mientras se cuidaban mucho de hacerlo de forma que no molestara a Ana.

Por un lado, se siente dependiente del Magistral y los planes religiosos que le inculca. Con él llega a hacer pactos y juramentos de fidelidad mutua, ser hermanos espirituales para siempre, legitimando este disparate, con ideas y objetivos religiosos, una relación muy sexuada, reprimida morbosamente.

Por el otro don Álvaro, un seductor con experiencia, que sabe ser cortés, educado, jovial y respetuoso, madurando la relación y esperando su oportunidad. Un proceso de seducción lento, con altibajos que no desesperan al seductor que sabe esperar a su presa. Un proceso en que les ayudan algunas mujeres, con invitaciones a sus fiestas, mientras los amigos de don Álvaro hacen apuestas sobre el resultado.

Un conflicto, primero larvado y después cada vez más explícito, entre el Magistral y el Don Juan, del que estaba pendientes todo su entorno, incluida la madre del Magistral, y las criadas de ambos, todos menos el inocente Don Víctor, que no sospechaba nada.

Ana en unos momentos sentía el peligro de las tentaciones y se refugiaba en la religión y el Magistral, mientras en otros empezaba a tomarse pequeñas libertades que desesperaban al Magistral. Ya no podía aceptar en su interior las renunciaciones a que la sometían el matrimonio y la religión, reclamaba para sí el derecho a cambiar.

(f) El cántaro se rompe, don Álvaro, con astucia y paciencia consigue que Ana vaya aceptando ciertos contactos y momentos de

cierta intimidad, sin conductas sexuales explícitas, hasta que cede y comete adulterio.

Esta fase, en la que la seducción tiene finalmente éxito, es la peor descrita en la novela, seguramente porque, como en toda la obra, no se describe en ningún momento conductas sexuales explícitas de excitación y placer.

En todo caso, el conflicto era inevitable, bien por el choque entre lo que realmente quería La Regenta y lo que deseaba don Álvaro, bien porque el escándalo social acabaría estallando. Don Álvaro tenía un concepto del amor reducido al placer sexual, mientras Ana es una soñadora romántica que, sintiendo también deseos sexuales, buscaba salir de su soledad y amar y gozar con un verdadero hombre. Ella sí estaba verdaderamente enamorada y entregada, mientras a él le sostiene la pasión del deseo, el placer sexual y el gozo personal y social de haber conquistado a La Regenta

Don Álvaro domina la relación, consigue convencerla con su plan de vida adultera que considera seguro, a pesar que era muy temerario. Según este plan, se podrían ver todas las noches, hasta la madrugada, en la habitación de Ana, saltando él una valla, que rodeaba el jardín de la casa, y subiendo a su balcón. Un plan para el que era suficiente la complicidad de la criada, Pilar. Este plan era la consumación de su aceptación del adulterio como un derecho, sin otra obligación o compromiso, algo que satisfacía a don Álvaro. Ana, sometida a él, como antes al Magistral, no plantea explícitamente otras exigencias, como si hizo Madame Bovary, aunque de poco le sirvieron a ésta. En ambos casos, sus amantes solo querían instrumentalizarlas.

Nada se nos dice de qué tipo de conductas sexuales tenían, solo que ambos estaban de acuerdo y gozaban de la intimidad hasta el amanecer. Tampoco nos comenta Clarín si este tipo de relación colmaba las aspiraciones de Ana y si ésta, como Madame Bovary, exigía mucho más, como huir juntos (uno de sus sueños) o romper la relación con las parejas de ambos, un problema social y legal en aquellos tiempos.

El conflicto estalla porque la criada, Pilar, ve la ocasión para sacar provecho de la situación y vengarse de todos. Para ello, le cuenta al Magistral dónde y cuándo tienen las relaciones Mesías y Ana. Bastó adelantar la hora del despertador de don Víctor para que, al salir temprano a cazar, coincidiera con Mesías, descendiendo del balcón y saltando la tapia. El bueno de don Víctor le tuvo a tiro, pero se dio cuenta que no era capaz de matar a nadie.

Don Víctor, sin saberlo Ana, reta a un duelo a Mesías. Éste lo acepta solo por no parecer cobarde, hiere a don Víctor y huye a Madrid.

Ana, al enterarse, vuelve a caer enferma, como siempre que tenía problemas, busca de nuevo refugio en la religión y el Magistral, pero éste ni siquiera acepta hablar con ella, dándole la espalda, como la sociedad de Vetusta entera. Solo don Víctor y dos de sus amigos íntimos se portan bien con ella.

En este caso, los dos maridos, el de Ana y el de Madame Bovary, merecen la misma consideración por parte de sus esposas: son buenos, inocentes, pero nada atractivos para ellas. Los novelistas son más despiadados, porque tanto el magistrado como el médico aparecen como personajes que no se enteran de lo que está pasando, colaboran sin saberlo en los procesos de seducción y reaccionan perdonando a sus esposas.

5.2.5.- Don Álvaro Mesías, el seductor. Un don Juan aplaudido por numerosos hombres y ayudado y deseado por algunas mujeres.

Presidente de los liberales de Vetusta, poco radical y muy dispuesto a todo tipo de apañes políticos, que le permitían manipular al presidente de los conservadores, es un hombre maduro, en torno a los 50 años, seductor reconocido y admirado por numerosos hombres y no pocas mujeres.

Su concepción del amor se reducía al placer sexual, aunque sabía adaptarse a las mujeres si le interesaban. En el caso de Ana, siguió toda una estrategia de seducción basada en varios pilares:

- (a) La paciencia, no forzando situaciones ni conductas, mientras ella estaba en una fase mixtico-religiosa,

convencida de sus deberes matrimoniales y sometida al Magistral. Una paciencia sin fin, mientras todo su entorno, muy pendiente de su fracaso o éxito, creía que ya había vencido el Magistral.

(b) Tratarla con educación y cortesía, manteniendo la distancia, y con conductas convencionales propias de un hombre de mundo que sabe alagar, sin ofender. Tenía que ofrecer una visión correcta y distinta a su fama de don Juan, convencerla de que él no era así y, sobre todo, haciéndole creer que ella era una mujer única, especial, la mejor, de la que realmente estaba enamorado.

(c) Hacerse amigo, más bien solo parecerlo, del marido de Ana. Esto le daba ocasiones para verla y estar cerca de ella, a la vez que se aseguraba que un hombre digno y bueno hablara bien de él, como amigo y persona. De hecho, Don Víctor aceptó de buen grado que estuviera en muchas ocasiones cerca de Ana, bailara con ella y hablaran en su propia casa a solas.

(d) Reprimir la tentación de forzar la situación haciendo lo que él llamaba un “ataque”.

(e) Valerse de Pilar, la criada, para poder llevar una doble vida con Ana, encontrándose cada noche en la propia cama de La Regenta, porque siempre dormía en diferente habitación que su marido.

(f) Usar cualquier tipo de medio, siempre que no conllevara un rechazo por parte de Ana o un escándalo social. Por ejemplo, cuando intentó comprar a Pilar, la criada, ésta le sorprendió no aceptando su oferta económica, pero si asegurándole que le serviría con gusto a sus propósitos si, a la vez, también tenía relaciones sexuales con ella. Mesías no lo dudó y aceptó algo que no hubiera soportado Ana, si lo hubiera sabido. De esta forma engañaba, a la vez, a su mujer, a Don Víctor y a Ana.

Por lo demás, Clarín no detalla, como era propio de su tiempo, las palabras y conductas concretas de naturaleza sexual que llevó a cabo en el proceso final de seducción, ni tampoco las relaciones sexuales, a diferencia de lo que ocurre en la novela de Madame de Bovary.

En todo caso, no puede hablarse de enamoramiento de Mesías, ni de un proyecto de compromiso, sino de un fuerte Deseo sexual y una alta Atracción, como demuestran lo que hizo, en paralelo, teniendo relaciones con Ana y con Pilar, la criada de la Regenta, y su huida a Madrid una vez estallado el conflicto.

Clarín prefirió el final que hemos señalado, poniendo el énfasis en la hipocresía social y el triunfo de Mesías sobre el Magistral, con una crítica mordaz del clero y más liviana del machismo, en lugar de explorar el posible conflicto entre el tipo de relación que quería Ana y el que tenía Mesías. Clarín prioriza la denuncia del clero y el peso que sus doctrinas tienen socialmente, por perversas, y a toda la sociedad por ser, por un lado, hipócrita, y por otro, por estar sometidos a los valores y costumbres dominantes, como el concepto de “honor”, la dominación religiosa y la leyes opresoras, especialmente para las mujeres, en un Estado confesional.

Esta obra, como se ve, como la de Madame Bovary está muy lejos del enfoque y los personajes de “El amante de Chatterley”, que no se doblegan a esa sociedad sexofóbica e hipócrita .

Nota:

Las citas se toman de la versión: Leopoldo Alas “Clarín”: La Regenta“Volumen I y II. Barcelona, Ediciones Orbis.